

Las fuentes de la villa

Continuando con el patrimonio monumental de Cabanillas, vamos a tratar en esta ocasión de uno de los elementos arquitectónicos que suelen quedar en un segundo plano pese a que tuvieron y tienen un destacado papel en la vida de nuestros pueblos; nos referimos a las fuentes. Su importancia venía determinada por ser uno de los servicios fundamentales que dependían del concejo, como era el abastecimiento del agua no solo de sus habitantes, sino también de los animales.

En Cabanillas del Campo tenemos constancia de la existencia, al menos desde el siglo XVI, de dos fuentes situadas en las Plazas de Arriba y de Abajo, respectivamente. En la Plaza de Arriba, denominada como Plaza Pública o Mayor y que, muy posiblemente, fuese un poco diferente a como la conocemos hoy en día, se encontraban la iglesia y las casas consistoriales, en las que se ubicaban las cámaras del pósito y del pan y, que a su vez, lindaban con el matadero y la carnicería y, en el medio, la mencionada fuente. En esta plaza se celebraban las reuniones del Concejo a la salida de misa. En la plaza de Abajo, además de la fuente, se encontraban la pescadería, la fragua, los toriles y corrales, la taberna, un molino aceitero y la otra fuente.

Gracias a un documento de 1616 sabemos que en esa fecha fue preciso reparar la fuente situada



en la plaza de Abajo debido a que se encontraba muy deteriorada y perdía agua debido a las continuas roturas producidas en ella, además de ocasionar molestias y un perjuicio considerable para los vecinos y su ganado, lo que suponía un gasto enorme para el

Concejo, obligado a tener que estar continuamente reparándola. En esta ocasión, para su reparación, se contrató a uno de los maestros fontaneros y canteros más importantes de aquellos años iniciales del siglo XVII, Bernardo Martínez, por entonces vecino de Madrid y que tuvo un gran protagonismo en Guadalajara, al llevar a cabo, en los años posteriores, los arreglos de sus fuentes y, en especial, la reparación del puente árabe de piedra situado sobre el río Henares.

La obra que llevó a cabo en ese momento, Bernardo Martínez, consistió en encañar la dicha fuente desde el paraje conocido como “la Ventosa”, situado en la calle que salía al monte y desde allí llevarla hasta la plaza, lugar donde estaba ubicada la antigua fuente, poniendo un “gangil” (o

cangil) de piedra, desde el dicho lugar de “la Ventosa”, cada 12,5 metros, con el fin de que por ellos se pudiese proceder a su visita y limpieza cada vez que fuese necesario. La profundidad que tendría este conducto, desde la presa del arroyo, se estableció que fuese una vara (unos 83 centímetros). Se obligó, además, a edificar la nueva fuente, con sus pilas, poniéndole caños nuevos (que los trajo de Madrid), bien fortalecidos de barro, ladrillo y cal y guarnecidos de betún.

En cuanto a la fuente situada en su plaza Mayor, el primer dato que conocemos es de 1637, cuando fue necesario proceder a su reparación, según se desprende de una escritura de poder en la que se le pedía al Consejo de Justicia del rey la concesión de una provisión y licencia para poder adobar la fuente debido al mal estado en que se encontraba. En esta ocasión parte de los gastos para su reparación corrieron a cargo del dinero aportado por los vecinos, hecho por repartimiento.

En esta misma solicitud se le pedía al rey que se le concediese permiso a la villa para construir un puente sobre el arroyo que dividía a los dos barrios por los que pasaba este dada la utilidad que esto

supondría tanto para el paso de los vecinos como para el comercio de la zona.

Estas fuentes y, muy posiblemente, alguna otra que se debió de construir a lo largo de los siglos siguientes, abastecieron de agua a la villa de Cabanillas, hasta que en 1900 fue preciso proceder a una importante reforma en la conducción del agua que supuso la construcción de una nueva fuente pública y la canalización del arroyo. Sin embargo, esta solución no resolvió los problemas de abastecimiento de la villa, ya que cada vez que había sequía las fuentes se quedaban sin agua, por lo que fue preciso buscar nuevos manantiales, como se hizo en 1934. En los años siguientes este problema se convertirá en una de las principales cuestiones en las que se embarcó el Concejo, hasta que ya muy avanzado el siglo XX, una vez que el abastecimiento estuvo garantizado, al tener cada vecino agua en sus domicilios, aquellas fuentes perdieron su importancia y su significado, procediéndose a su eliminación, perdiendo con ello uno de los elementos arquitectónicos más característicos de esta villa.

